

Misioneros jesuitas italianos en la evangelización del noroeste novohispano

Gilberto López Castillo

La idea es presentarles mi proyecto y sus primeros resultados. Éste nace a partir de las investigaciones que he realizado durante los últimos 15 años tocante a la historia de las misiones norteñas de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús en donde al identificar a ciertos jesuitas de origen italiano surge la idea de estudiarlos de forma central. Sin embargo, la ocasión de registrar y desarrollar un proyecto con este nombre se dio a fines de 2017 con motivo de la convocatoria de Secretaría Técnica para proponer actividades que pudieran realizarse entre el Instituto Nacional de Antropología e Historia y la Embajada de Italia en México. Así, el proyecto fue bien recibido tanto por el Centro INAH Sinaloa como por la Dirección de Estudios Históricos y entró a partir de 2018 entre las actividades de colaboración registradas con dicha Embajada, a la vez que forma parte de los proyectos registrados en el sistema del INAH con financiamiento.

No es mi único proyecto. Tengo a la vez otro que se llama “Los títulos de tierras de los pueblos de indios de Sinaloa virreinal” en el que trabajo aspectos mucho más relacionados con la historia de nuestra entidad, pero de ese no toca hablar hoy.

El objetivo es realizar una valoración de la presencia e importancia de los misioneros jesuitas italianos en la evangelización del Noroeste novohispano mediante la identificación de los personajes, valoración y estudio de sus trayectorias, de sus campos de desarrollo misional y las especificidades de su tarea al interior de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús. Así, nuestra propuesta busca identificar entre el cúmulo de jesuitas que llegaron a la Nueva España provenientes de Europa aquellos cuyo origen es italiano y que desarrollaron su labor evangelizadora en el Noroeste

novohispano. La idea es realizar un balance de estos personajes que llegaron del Viejo Mundo a realizar su trabajo, fundamentalmente en las pequeñas comunidades misionales para, de nuestra parte, realizar cuando ello sea posible un estudio de sus trayectorias y de las características que adquirieron aquellas misiones en que desarrollaron su labor. También es importante identificar los lugares de origen de estos jesuitas y la forma en que fueron destinados a sus escenarios de trabajo en la Nueva España. En virtud de que muchos de ellos desarrollaron su trabajo en distintos establecimientos jesuíticos, su movilidad en la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús será uno de los rasgos a identificar, en su caso.

Mi acercamiento a la historia de la Compañía de Jesús no ha sido automático, ya que durante muchos años evadí el tema de los jesuitas, porque “no todo en Sinaloa colonial es historia de los jesuitas”. Bueno, ello fue hasta que decidí hacer mi tesis de doctorado en 2002 con un tema que combinaba jesuitas y secularización, de tal forma que, desde entonces, la historia de la orden me lleva una y otra vez a revisar las fuentes originales, que tiene en los repositorios de la misma Compañía de Jesús sus principales acervos. Me refiero al Archivo Histórico de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús y al Archivum Romanum Societatis Iesu como dos de los principales repositorios entre muchos otros.

Seguir el vínculo de la institución entre México e Italia ha sido el camino ideal para reconocer la existencia de estos individuos que, movidos por su religión, optaron por dejar la comodidad de sus colegios en la península itálica, viajar 400 o 500 leguas hasta Sevilla, Cádiz o el Puerto de Santa María y cruzar el Océano Atlántico en los buques españoles de la Carrera de Indias.

En gran medida, la expectativa del trabajo en misiones era la justificación moral que ofrecía el general y los procuradores de Indias ante el monarca en el contexto del envío de jesuitas a la

Provincia Mexicana de la orden. Es sabido que el generalato de Claudio Acquaviva se caracterizó por el gran impulso al trabajo misionero y justamente es durante su ejercicio que se da la gran expansión misionera, ya que si bien la Compañía de Jesús llega a la Nueva España en 1572, el inicio de su trabajo directamente con los indios ocurre a fines de la década de 1580, en territorios de Michoacán, San Luis de la Paz, Guadiana y Sinaloa. Y si bien estos espacios de misión recibieron en primera instancia a jesuitas provenientes de la península ibérica y propiamente a algunos ya formados en la Nueva España, los espacios fronterizos tuvieron una presencia notable de misioneros italianos que en última instancia formaban parte del Imperio español.

¿Cuál ha sido el procedimiento para identificar a estos individuos? En primer lugar existe una amplia historiografía sobre la historia misional del noroeste de México y hay personajes que destacan por su peso específico, como es Eusebio Francisco Kino, quien misionó en la Pimería alta en las últimas décadas del siglo XVII y primera del XVIII. Sin embargo hay otros, como Daniel Ángelo Marras, misionero de Mátape, a quien a quien la tradición le reconoce importancia en el desarrollo de la ganadería en la provincia de Sonora al comenzar la segunda mitad del siglo. Y muchos más, dispersos tanto en lo temporal como en lo geográfico, sí, en el noroeste novohispano, pero también en el resto de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús, de tal forma que uno de los primeras decisiones que hemos tomado es registrar a todos los jesuitas italianos que localizamos y que, una vez se tenga la perspectiva del Universo se pueda acotar nuestro caso específico.

Para ello hemos contado con fuentes muy puntuales como son los catálogos trienales existentes en el Archivum Romanum. Se trata en este caso de una fuente serial, si bien no se cuenta con todos los catálogos, que en este caso nos hablan de cuál era la conformación de la Provincia Mexicana en determinado año, conteniendo la siguiente información: número de sujetos en toda la provincia, identificación de las autoridades, es decir, provinciales y rectores, la fecha de nacimiento de los jesuitas, su

patria de origen, estudios, fecha de ingreso a la orden, estudios y algunos elementos sobre su trayectoria en la Compañía. Es decir, se trata en este caso de visiones sincrónicas de la presencia jesuita y su distribución en la Nueva España, que nos permite encontrar con facilidad a los que nos interesan. Asimismo, la lectura continua de los catálogos trienales nos permite entender qué era para las autoridades jesuíticas el territorio de misión y cómo fue cambiando desde fines del siglo XVI hasta la época de la expulsión ya en el siglo XVIII.

Otra fuente con la que hemos trabajado mucho más recientemente son los registros de las “misiones” de la Compañía de Jesús que fueron realizados por la Casa de Contratación, ya fuera en Sevilla o en Cádiz donde de hecho estuve hasta hace 10 días. Los expedientes que pude consultar correspondientes al Archivo General de Indias nos hablan de los procedimientos seguidos por la Monarquía Española y la Compañía de Jesús para el envío de nuevos operarios. Se trata de un tipo de textos que registran los avatares del proceso por el que se va formando un grupo de religiosos encabezados en cada caso por el Procurador de la Provincia Mexicana a Roma, por lo que solían realizarse cada tres años, sin embargo no había una regla específica.

Aquí nuevamente se nos ofrece un tipo de información serial que trasciende el aspecto específico de nuestra búsqueda ya que se registran todos los misioneros que buscaban cruzar el Atlántico y misionar en tierras lejanas. No era una situación arbitraria sino que cada uno de los religiosos salió en acuerdo con los superiores de sus colegios y provincias, de acuerdo a las fechas en que partiría una nueva misión que se anunciaba desde Roma. Así, los jesuitas allende la península ibérica llegaban al colegio jesuita de San Hermenegildo en Sevilla y ahí eran concentrados hasta que se llegaba la fecha del retorno del procurador de la Provincia Mexicana a la Nueva España. Era un procedimiento que requería de la coordinación de los superiores y sobre el que había un intenso proceso de comunicación. Estas misiones solían salir a principios de marzo o en torno al día de San Juan y los

expedientes registran con acuciosidad las fechas en que cada uno de los religiosos dejaba su colegio, el número de días en el camino, las leguas de su viaje y las fechas de llegada a Sevilla, o ya por la década de 1730 al Hospicio construido al efecto en el Puerto de Santa María, muy cercano a la ciudad y puerto de Cádiz.

Un estudio de caso, el padre Joan Ferro y su papel como misionero en la Residencia de Pátzcuaro. 1578-1617.

En esta ocasión voy a hablar más ampliamente de la trayectoria de un misionero jesuita. Él desarrolló su trabajo en la residencia de Pátzcuaro, en Michoacán, sin embargo he identificado que jugó un papel relevante en la formación de otros jesuitas que sí pasaron al Noroeste, como lo fue el fundador de la Misión de Sinaloa el padre Gonzalo de Tapia, así como de otro, el padre Hernando de Villafañe que se considera el fundador de la misión de Guasave y tuvo una trayectoria muy similar como padre lengua y en su trato con los indios. Por ello, por su importancia específica en el momento inicial del trabajo misionero he decidido comenzar con este jesuita.

El padre Juan Ferro (Ioannes Ferro), nacido en 1551 es originario de Monte Falco, diócesis de Fermo, en las cercanías de Perugia, en Umbría. Entró a la Compañía de Jesús en 1569 y tuvo la oportunidad de ser uno de los primeros jesuitas italianos que llegaron a la Nueva España. El primero fue Vicente Lanucci, reconocido profesor que contrario a la norma que establecía que los jesuitas que llegaban a la Provincia Mexicana debían permanecer en ella, volvió a la península itálica por sus propios medios.

El viaje en aquellos años se realizaba vía Casa de Contratación de Sanlúcar de Barrameda a donde llegó en compañía del padre Hernando Suárez el 19 de junio de 1578. La permanencia de ambos padres en el puerto fue de 49 días,

habiéndose embarcado en la flota que salió con rumbo a Veracruz el 6 de agosto de dicho año.¹ Por entonces no tenía la Compañía en Sanlúcar infraestructura para el hospedaje de los padres, por lo que los jesuitas que llegaban para tomar su embarcación debían buscar alojamiento en mesones y posadas, lo que alarmaba al procurador general de Indias debido a que, lleno el puerto de personas con motivo de la misma flota, no había lugar donde no estuviesen hospedadas mujeres “no castas”, por lo que en su comunicación con el general el procurador pugnaba por la construcción de una habitación digna y segura mientras se hacía la espera.²

Cabe decir que particularmente esta flota sufrió grandes daños por el temporal, siendo parcialmente destruida. De hecho las noticias que llegaron a Sevilla a mediados marzo del año siguiente eran poco menos que catastróficas:

Yo he estado esperando la carabela de aviso que suele venir por febrero, para avisar a vuestro padre con las cartas de México y de la llegada del padre Hernando Suárez y el hermano Juan Ferro; y hasta hoy no es venida. Y así diré lo que se ha sabido por una nao que vino habrá ocho días, de Santo Domingo que está más acá de México; la cual dicha nao trae de nueva haberse desbaratado toda la flota que iba a México, con un grave y terrible temporal, y de más de 20 y tantas naos que iban, sólo seis se sabe que arribaron a unas islas, cerca de Santo Domingo, muy destrozadas, sin mástiles y velas, y muy necesitadas y que solo la nave en que iban el padre Hernando Suárez y su compañero corrió su tormenta y quedó libre, de suerte que bien podrá hacer su viaje; y de las demás, que no se sabe dellas, de bien, ni de mal.³

¹ MMI, “Sumptus a patribus Suarez ac Ferri in oppido San Lucar ob victum et hospitium facti”, Hispali, agosto de 1578, pp. 378-379.

² MMI, “Padre Didacus de Luna, Procurador a Indias al padre Everardo Mercuriano, General”, Sevilla, 3 de junio de 1579, pp. 470-473.

³ MMI, “Padre Didacus de Luna, procurador general de Indias al padre Everardo Mercuriano, General”, Sevilla, marzo 16 de 1579, p. 444.

Los padres Suárez y Ferro se habían salvado, como unas semanas más tarde confirmaría la carabela de aviso.⁴ Es importante destacar aquí cómo era supervisado desde la sede central de los jesuitas en Roma cada uno de los pasos de estas “misiones a Indias”, que es una de las características de la orden, es decir, el poder centralizado por el general de en Roma, desde donde se tomaba incluso la decisión de aceptar o no cuando un jesuita solicitaba ir a las misiones.

Dar seguimiento a cada uno de estos grupos que solían ser de 10, 30 e incluso 40 individuos y su llegada exitosa a la provincia respectiva pasaba por los reportes de los propios jesuitas en el camino, provinciales y procuradores y su comunicación con el general. Hoy sabemos que la salida de los jesuitas italianos con rumbo a Cádiz era por mar, reuniéndose los padres en el Colegio de Génova, desde donde partían en grupo para juntarse con los españoles y de otras nacionalidades en Cádiz.

Tras su llegada a la Nueva España el padre Suárez pasó a Oaxaca, mientras que Joan Ferro se dedicó desde los primeros momentos al aprendizaje de la lengua de los indígenas, desde la residencia de Pátzcuaro. Formó parte de la primera gran generación de padres lenguas de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús que después de haberse establecido en las principales ciudades del reino se preparaba para iniciar el proceso de evangelización entre los indios.⁵ Aprendió el “idioma mexicano de la tierra”, es decir náhuatl que de acuerdo a Francisco Xavier Alegre se utilizaba al sur de Michoacán, a la vez que hablaba perfectamente la lengua tarasca. Valga aquí decir que el aprendizaje de las lenguas indígenas fue uno de los rasgos en los que destacaron los padres jesuitas de origen italiano.

Aquí y allá encontramos información sobre el jesuita, si bien precisa decir que los primeros años de su presencia en Nueva

⁴ MMI, “Padre Didacus de Luna, procurador general de Indias al padre Everardo Mercuriano, General”, Sevilla, abril 11 de 1579, p. 449-450.

⁵ MM I, “Padre Everardo Mercuriano, General, al padre Fernando Suárez”, Roma, 25 de febrero de 1580, pp. 502-503.

España son los menos documentados. En la “Relación sobre la residencia de Michoacán –es decir Pátzcuaro-”, realizada por el padre Francisco Ramírez, tenemos una muy completa noticia de lo que representaba el padre Ferro en aquel establecimiento, si bien el testimonio refiere a los años de su llegada:

En este tiempo (1579) que era el de mayor necesidad, ya el señor había servido hubiese lenguas de los nuestros; por que el padre Juan Ferro, italiano de nación, con aver poco más de un año que había llegado de Roma, y no se aver puesto en la lengua de propósito, sino medio año antes, era ya tan buena lengua, que compite con las mexores de esta tierra. Y agora, en facilidad, en poner qualquiera cosa en la lengua, hay pocos que le lleguen. Por que qualquier psalmo o lugar de la Escritura, o de algún sancto que le den, lo pondrá en linda lengua, con tanta facilidad, como yo lo podría decir en nuestra lengua vulgar. Y junto con esto, con no se aver dado casi nada a ella, y apenas aver andado entre mexicanos, es buena lengua mexicana, y podría prender cualquier otra que le pusiesen, según la facilidad que el Señor en eso le ha comunicado. Y creo que la principal razón es por ser deveras humilde y aficionado a gente semexante, como lo son estos pobres naturales.⁶

El perfil como religioso de Joan Ferro era singular en tanto que era del tipo de misionero que gustaba de la libertad y pasaba grandes temporadas fuera de la residencia misma, realizando misiones en los pueblos del entorno, pero también de lugares distantes como Guanajuato, o a pueblos chichimecas, si bien no se consigna qué regiones en específico. Otra zona de misión del padre Ferro era la costa de Michoacán, y propiamente, La Huacana.⁷ Una de sus misiones alcanzó hasta el puerto de Acapulco donde luego registró que dio su apoyo a las personas que esperaban la Nao.

⁶ MM II, p. 506-507.

⁷ Francisco Javier Alegre, Historia de la provincia de la Compañía de Jesús de la Nueva España, Tomo I, Libros 1.3, 1566-1596, Roma, Institutum Historicum SJ, 1956, PP. 306-307.

Al año siguiente de su llegada el padre Joan Ferro fue ordenado de epístola por el obispo de Michoacán Fray Juan de Medina, de evangelio el 20 de junio y de misa el 19 de septiembre, probablemente en la misma ciudad de Pátzcuaro.⁸

Ante la situación de la falta de operarios, sobre lo que insistía el superior de la residencia, Francisco Ramírez, expresaba que el padre Juan Ferro, “que le podía ayudar en todo, anda de ordinario en misiones, particularmente, en tiempo de quaresma, que es cuando más hay qué hacer”.⁹

El “Catálogo de personas que hay en esta provincia de la Nueva España, según el grado de cada uno”, de 1582, lo registra entre los sacerdotes que no tienen grado.¹⁰ Al año siguiente se le ubicaba como confesor y responsable de casos de conciencia.¹¹

Una de las fuentes en las que hemos encontrado las huellas del padre Ferro es en el “Epistolario del general”, conjunto documental que guarda las cartas borradores de los textos que eran enviados por los generales. Algunas las hemos consultado directamente en el archivo en Roma, otras en su versión publicada por Félix Zubillaga en la Serie de *Monumenta Mexicana*. Normalmente suele disponerse de las respuestas del general a los distintos operarios, ya que cualquier miembro de la Compañía le podía escribir, y en ocasiones disponemos de las cartas que se enviaban desde los distintos campos de trabajo.

Una de las primeras cartas que disponemos del general al padre Ferro, de 1584, habla de los frutos que en su carácter de padre lengua obtenía entre los tarascos, y de pequeñas concesiones que Aquaviva permitía a Ferro en cuanto a “su capacidad de ternura en las misas cantadas y procesiones que pide”, y de que hubiera mayor libertad en el ejercicio de los ministerios, aspectos sobre los que seguramente habría sido

⁸ MM III, p. 601. “Catálogo de sujetos de la provincia de México 1555-1604”

⁹ MM II, p. 540-

¹⁰ MM II, P.

¹¹ MM II, P. 154.

amonestado por sus superiores, por lo que apelaba a Roma.¹² Otras cuestiones tenían que ver con la llegada a Nueva España de reliquias, así como con la solicitud de imágenes de la Virgen María para su labor evangelizadora.

Por su parte, el padre Ferro al padre Claudio Aquaviva llama nuestra atención acerca de las distintos temas que lo ocupaban en la residencia de Pátzcuaro. Una de las primeras cosas era su agradecimiento por el envío de imágenes y reliquias. Lo que más se destaca del argumento del misionero es la falta de padres en la residencia, a pesar de que por 1685 habían sido enviados por compañeros el padre Cristóbal de Bravo y dos estudiantes, los jóvenes Gonzalo de Tapia y Hernando de Villafañe, que recién llegados de la provincia de León, en España, estuvieron allí al menos el resto de aquella década. Así, mientras aprendían la lengua tarasca y los métodos misionales del padre Ferro, continuaban sus estudios de forma intermitente en la ciudad de México.¹³ Las cartas del general tenían una función para el consuelo de los jesuitas europeos que no pocas veces extrañaban sus provincias de origen y tocaba al general frenar los impulsos por volver.

Los años que van entre 1585 y 1590 el padre Ferro tuvo una intensa actividad misional, pero sobre todo se caracteriza por la obtención de las órdenes sagradas y por haber realizado su profesión de cuatro votos, esto último en Pátzcuaro, el 23 de abril de 1589, de manos del padre Antonio de Mendoza, provincial de la Nueva España.¹⁴

Un testimonio del padre Ramírez de 1692 describe la situación de la falta de operarios.

Somos en Pátzcuaro solo 4 sacerdotes, y desto hago cuenta, solos los dos obreros, porque el uno comienza ahora la lengua, y no se quanto aprovechará en ella. Al padre

¹² MM II, "El padre Claudio Aquaviva, general, al padre Juan Ferri", Roma, 15 de marzo de 1584", pp. 267-268. La carta es en respuesta a otras misivas hoy extraviadas de marzo de 1582 y abril de 1583.

¹³ MM II, "El padre Juan Ferri al padre Claudio Aquaviva, general", Pátzcuaro, 8 de abril de 1855, pp. 553-555.

¹⁴ MM III,

rector, le es forzoso hacer oficio de procurador y obrero, y los demás de casa, por la poca ayuda que tiene de hermanos. Y los dos que podíamos acudir a los distantes, que son los más necesitados en esta provincia, y por ventura, no menos que los infieles, como yo lo he visto y tocado por mis manos, no podemos alejarnos, por la necesidad de acá; y así, se queda siempre lo más necesitado”.¹⁵

De hecho lo que se percibe en las fuentes es una situación de agobio y de cansancio de parte de los padres de la residencia y en algún sentido el estilo de Ferro y sus misiones distantes le permitían mucha mayor libertad que la que podría encontrar intramuros. Ya con los cuatro votos, el provincial, seguramente a instancias de Roma comenzó a nombrarlo como superior de la residencia, incluso se llegó a manejar como rector sin que se tratase de un colegio. Aunque Ferro pertenecía a un prototipo de misioneros que hemos encontrado en el noroeste novohispano y que buscaban evadir el mando en sus establecimientos, en el catálogo realizado durante la primavera de 1594 aparece consignado como rector de la residencia de Pátzcuaro, donde simultáneamente se desempeñaba como predicador y confesor de indios. A principios de ese año hay ya la solicitud explícita de volver a Roma. Parece ser que nunca se pronunció por volver a quedarse a Italia, sino de ir por medio de los mecanismos formales de la Compañía, es decir, como Procurador. Ante su solicitud, la congregación provincial pedía al general negase el permiso, siempre con el argumento de que era “único operario de indios”. Punto de vista que el general apoyaba.¹⁶ Lo mismo sucede al año siguiente y ante la queja del provincial Pedro Díaz de que el padre Ferro no parecía tan apto para superior de Pátzcuaro se le exonera del cargo.¹⁷

¹⁵ El padre Francisco Ramírez, al padre Claudio Aquaviva, general, Michoacán, 26 de abril de 1592, pp. 361-362.

¹⁶ MM V, Respuestas romanas al memorial del padre Pedro de Morales, procurador de la provincia de México, Roma, enero de 1594, p. 178.

¹⁷ MM V, El padre Claudio Aquaviva, general, al padre Esteban Paez, provincial, Roma, 21 de noviembre de 1595.

Sin embargo la idea del retorno se convirtió en una obsesión y en los años siguientes sus instancias al general con el mismo tema se sucedieron una tras otra, en 1596 el general Aquaviva buscó convencerlo de que no era conveniente por la importancia misma de su trabajo con los indios.

Y no se cómo, en medio de tal ocupación, le vienen pensamientos de querer dar una vuelta por acá. No me parece conviene que yo impida la mucha ganancia que vuestra reverencia ahí tiene y el mucho fruto de sus feligreses, pues no ay duda sino que sería mucho mayor el daño que haría su ausencia”¹⁸

Hasta que un día logró su cometido. Ferro estuvo en Roma entre 1603 y 1604, probablemente como procurador de la Nueva España, a donde pidió ir para informar de las particularidades de su misión entre los tarascos.¹⁹ Cabe decir que a su vuelta en la flota fue coherente con su trayectoria y pasó, nuevamente a su misión con los indios.²⁰ Desgraciadamente no contamos por ahora los temas tratados en la curia generalicia o el éxito en cuanto a traer consigo nuevos jesuitas para las misiones. Solo hemos encontrado la nota del viaje y que trajo algunas reliquias.

Volviendo al perfil de este jesuita, lo cierto es que mientras que de una parte era un misionero admirado, un personaje prototipo de lo que deseaba Roma en estas tierras, de forma constante dio motivo de incomodidad a sus superiores por su estilo libre de trabajo con los indios. Previo al viaje a Roma pesaban sospechas sobre él. Eran actitudes sobre las que las autoridades jesuitas no eran claras y que se expresaban con mayor profundidad en ocasión de la gran nostalgia por volver al Viejo Mundo. He aquí el mensaje bastante cifrado:

Digno es de consideración lo que VR dice del Padre Juan Ferro, y así convendrá verificarlo muy bien; enviarnos acá la información para que según ella resolvamos lo que

¹⁸ MM VI, El padre Claudio Aquaviva, general, al padre Juan Ferro”, Roma, 8 de abril de 1596, pp. 114-115.

¹⁹ MM VIII, p. 293-294.

²⁰ MM VIII, pp. 294-295.

entendiéremos ser mayor Gloria del Señor, aunque con su venida a Europa habrán cesado los inconvenientes, los quales he sentido mucho, por haber sido tan buen obrero.²¹

Son temas sobre los que no hemos podido obtener mayor noticia por lo menos hasta ahora y que seguiremos explorando. Ferro continuó su labor en Pátzcuaro hasta 1617 en que falleció, desarrollando siempre su labor directamente con los indios y como padre lengua. La figura de este jesuita es relevante y nos permitirá tener un primer referente sobre el actuar de la Compañía en otros campos misionales y en el caso particular del proyecto específico que hoy desarrollo, de caracterizar a los jesuitas italianos en el Noroeste novohispano. Vamos iniciando.

²¹ MM VIII, p. 216. Padre Claudio Acquaviva, general al padre Ildefonso de Castro, provincial, Roma, 20 de octubre de 1603.

Presentación

INAH Sinaloa abril de 2004

Soy el único h

Lic., maestría doctorado

Líneas de investigación:

Historia de la Compañía de Jesús, Historia de las instituciones, propiedad territorial

Mis libros: 2010, 2013 y 2014.

Unos 10 artículos y capítulos sobre misiones y fronteras

Nuestro Seminario: Seminario de Historia y Antropología sobre Ámbitos Costeros y Marítimos. Desde 2011.

Membresía: SIEJ